



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -
Córdoba - Argentina



Córdoba, domingo 07 de mayo de 2026

HOMILIA ANGEL ROSSI SJ CORPUS CHRISTI — CORAZÓN EUCARÍSTICO DE JESÚS – MISA RADIAL DOMINICAL

Interesante la recomendación de Moisés al pueblo allí en el desierto: "*Recuerda, Israel*", le dice. Es algo así como solemos decir nosotros: "No te vayas a olvidar de quién te sacó de Egipto, no te vayas a olvidar de quién te alimentó en el desierto en el camino, de quién te dio agua".

La Eucaristía, la misa, es eso: es el memorial. Decimos que es hacer memoria de la pasión y de la resurrección del Señor, pero no es solo memoria, es memorial. Es una palabra distinta. Memorial significa que hacemos memoria, pero al hacer memoria de esa Última Cena, aquello que recordamos se vive presente realmente y con la misma fecundidad en el momento que lo estamos recordando. Cuando dentro de un ratito tengamos nosotros la consagración, la transustanciación y la elevación — los gestos propios del ministro —, es el mismo gesto y la fecundidad es la misma, a pesar de la indignidad en este caso del ministro. Por eso es una memoria que se hace real, que se hace presente hoy. Por lo tanto, el primer gran desafío en esta fiesta es recordar: "*Recuerda, Israel, no te olvides*". Que Dios nos concede esta gracia de la memoria agradecida.

En este día, además, estamos recordando los 70 años de Cáritas aquí en la Argentina, por lo tanto unimos esta gratitud a estos dos temas que no están divorciados, sino que tienen mucho sentido uno con el otro: la Eucaristía y el servicio, los gestos de caridad.

Celebramos hoy este misterio inmenso de un Señor que quiso quedarse con nosotros en la Eucaristía como alimento de camino. La Eucaristía no es el premio de los intachables, sino que es el alimento de los débiles que necesitan ser fortalecidos, de heridos que necesitamos ser curados o aliviados, de hijos pequeños que necesitamos sentir la paternidad de Dios, de ciegos que necesitamos luz, de hombres y mujeres que, por esas vueltas de la vida, hemos perdido quizás el camino y entonces venimos al que es el Camino para que nos saque — con la delicadeza con la que solo él sabe hacerlo — de los acantilados donde fuimos a veces a parar. Venimos hambreados al que es el Pan de Vida: hambre de pan, hambre de ilusiones, hambre de amor que habitan en nuestro corazón, en nuestras familias, en el trabajo, en nuestro país y en el mundo entero; hambre de paz, sobre todo a nivel del mundo.

Y frente a eso, si se acuerdan, el Señor les dice a los discípulos: "*Denles ustedes de comer*". Cuando aquella multitud hambreada escuchaba al Señor, uno de los discípulos le sugiere sacárselos de encima, y el Señor les dice y nos dice: "*Denles ustedes de comer*". O sea, cada cristiano es responsable del hambre del otro, sea hambre de amistad, de pan material, de justicia, de una palabra bien dicha o de perdón.



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -
Córdoba - Argentina



Viendo lo que estamos viviendo en estos tiempos, tenemos el deber de situarnos, decía el Papa Francisco, dentro de esta aldea global con una conciencia de proximidad que no permita que seamos indiferentes. No estamos asistiendo impávidos a una catástrofe que no tiene que ver con nosotros o que no nos afecta. Sentimos la necesidad no solo de agradecer lo que tenemos como don y como regalo y hacer algo por quienes de pronto lo han perdido todo, sino que esta solidaridad nos hace humanos, nos saca de nuestros agujeros de seguridad, de nuestras fugas egoístas, y nos permite adivinar que la humanidad no empieza ni termina en el patio de mi casa, sino que hay demasiados rincones de este mundo en donde hay gente que sufre, que está falta de libertad, de paz, de pan, de dignidad, de afecto y de fe.

Una tragedia así nos hace despertar de nuestras dormidas. Y yo agregaría, parafraseando a la Madre Teresa de Calcuta, otra exigencia: la de descubrir las franjas de Gaza, los haitíes, los sudanes, los lugares de guerra que tenemos en nuestra tierra. En todos lados, decía la Madre Teresa, se encuentra Calcuta si tenemos ojos para ver. Me acuerdo cuando ella baja del avión en Nueva York, y un periodista, irónicamente y con mal espíritu, le dice: *"Madre Teresa, ¿se acabó el hambre en Calcuta que anda por acá?"*, preguntándole qué hacía en Nueva York. La Madre Teresa le dijo: *"Vengo a ayudar en el peor de los hambres, que es la soledad"*.

La soledad. Muchas veces, ante catástrofes naturales o desastres ocasionados por el egoísmo y la violencia de los humanos, no pocas personas se preguntan o nos preguntamos: ¿dónde está Dios? Y la respuesta es tan sencilla como comprometida: está en nuestras manos, está en nuestra mirada, está en nuestra entraña, en nuestra caridad y en nuestra solidaridad. Dios se vale de nuestra pequeñez para hacer obras grandes. Como sucediera en la multiplicación de los panes y los peces que saciaron a aquella multitud, Jesús hizo el milagro pero a partir de lo que le presentaron los discípulos: *"Tenemos cinco panes y dos peces, Señor"*. Y él dice: *"Tráiganmelos"*.

El gesto de estar cercano a quienes sufren por la carencia de lo más elemental no solo es una hermosa expresión del amor a Dios y del amor a nuestro hermano, sino también es un recordatorio, un anuncio, una especie de parábola viva con la que estamos narrando la ternura y la misericordia del mismo Dios.

Esta presencia especial de Jesús en la Eucaristía es una permanente invitación al encuentro con él, no solo cuando venimos a misa o cuando recibimos la Eucaristía, sino también en la adoración. Fíjense que al final del sínodo, la doble expresión que el Papa Francisco remarcó en aquel momento fue: *"Adoración y servicio"*. Van unidos.

Allá por el año 2000, el episcopado argentino, con motivo del Jubileo, nos decía referido a esta adoración del Señor —una práctica tan linda, a veces poco cuidada porque nuestras iglesias están más cerradas de lo que uno desearía, o porque andamos a los apurones y nos cuesta crear ese espacio y ese silencio—, que la visita al Santísimo, ya sea expuesto o entrando a quedar allí frente al sagrario



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -
Córdoba - Argentina



iluminado con la lucecita que indica que allí está Jesús, es un momento precioso. En aquel momento, aquel documento bellamente decía: *"Él está allí para encontrarse con nosotros, para ofrecernos un abrazo de amistad que calme nuestras angustias y alivie nuestros cansancios. Él está allí para escuchar aquello que con nadie podemos conversar, está allí para decirnos lo que más necesitamos escuchar, está para alimentarnos en el camino y derramar su espíritu de vida en nuestros corazones"*. Qué práctica linda. Santa Teresa de Jesús llamaba a esto *"tener secretos de sagrario"*, una comunión de corazón a corazón que te da el estar frente al Señor presente en la Eucaristía.

Pero fíjense que en el mismo documento de aquel año, los obispos nos recordaban que la Eucaristía debe ser también escuela de amor al prójimo. Decía el texto: *"La misma fe que reconoce a Jesús en el sacramento del amor debe descubrirlo, contemplarlo y servirlo en los más necesitados, especialmente los más pobres con quienes ha querido identificarse con una ternura especial y a quienes ha llamado y llama 'mis hermanos más pequeños' (Mateo 25). De modo que al comer su cuerpo y beber su sangre se abran los ojos de nuestra fe para saber vivir como verdaderos hijos de Dios y descubrir las otras formas de su presencia, particularmente en el hermano injustamente postergado y necesitado, donde Jesús prolonga su pasión"*.

Aquella frase de nuestro santo, San Alberto Hurtado, que hace poco usó también el Papa de manera bien clarita: *"El pobre es Cristo"*. No es como si fuera Cristo: el pobre es Cristo. Son las dos formas de presencia real del Señor entre nosotros y las dos más parecidas: la presencia real sacramental en la Eucaristía y la presencia en los pobres, que algunos teólogos dicen que es cuasi-sacramental, queriendo decir que anda cerquita de lo sacramental. Son las dos formas más fuertes de presencia de Cristo entre nosotros. Después podés agregar, por supuesto, la naturaleza y mil modos más, pero las dos más fuertes son estas dos.

Yo siempre recuerdo un cuadro que encontré en una casa de ejercicios y que me llamó mucho la atención. Tenía en la mitad superior la escena clásica de la Última Cena: el Señor al medio y los discípulos sentados a la mesa. Y en la parte inferior, artísticamente escritas, las obras de misericordia corporales que seguramente nos enseñaron en el catecismo —y que si nos preguntamos hoy, capaz que de la mitad nos olvidamos—. Las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos, enterrar a los muertos y dar limosna a los pobres.

Aquel cuadro era una verdadera catequesis sobre la Eucaristía, porque las dos cosas van juntas formando una unidad inseparable; una lleva a la otra. Y me recordó al evangelista Juan, que en vez de narrar la institución de la Eucaristía, subrayó el gesto del lavatorio de los pies, en el que el Señor, despojándose de su condición divina, asume su condición de siervo.

La Eucaristía —y especialmente al celebrar ahora estos 70 años de Cáritas— es un inmenso gesto de



ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -
Córdoba - Argentina



caridad de Cristo para con nosotros. Nuestros gestos de amor siempre se quedarán chiquitos al lado de este gesto, pero chiquito no significa ilegítimo. Al contrario, la garantía de que nuestra vida eucarística es legítima es que se traduce en servicio a los más necesitados. Quien se nutre y vive en profundidad la presencia real de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, sabe encontrarlo también y hacerse cargo de la otra presencia real de Cristo: *"Lo que hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo"*, dice Jesús en Mateo 25.

Cuando nuestra vida eucarística, por piadosa que parezca o por frecuente que sea, está desconectada de los prójimos, especialmente de los más necesitados, deja de ser, paradójicamente, una práctica cristiana. Se vuelve revoque, se vuelve póliza de seguro, se vuelve tranquilizador de conciencia, se vuelve farsa y, además, antitestimonio.

Con esa claridad propia de los hombres de Dios, San Juan Crisóstomo expresó esta íntima vinculación que existe entre el Jesús presente en el altar y el Jesús presente en el pobre. Decía San Juan Crisóstomo:

"¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento y después, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo. ¿Quieres hacer ofrenda de vasos de oro y no eres capaz de dar un vaso de agua? ¿Y de qué serviría recubrir el altar con lienzos bordados de oro cuando niegas al mismo Señor el vestido necesario para cubrir su desnudez? Por lo tanto, al adornar el templo procuren no despreciar al hermano necesitado, porque este templo es mucho más precioso que aquel otro".

Palabras ciertamente fuertes. En fin, que Dios nos libre de no reconocerlo presente en la Eucaristía como Pan de Vida, como amigo que está a la puerta y llama, como padre que nos dice: *"Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados"*, y como Señor que nos consuela en nuestra misión: *"No tengan miedo, yo estaré siempre con ustedes"*. Y que Dios también nos libre de no reconocerlo presente en nuestros hermanos más pequeños, en aquellos en los que, como dice la Madre Teresa de Calcuta, anda el Señor *"en disfraz de pobre"*.

Quizás lo mejor que podemos hacer es ir frente al sagrario —de hecho aquí lo estamos, y a través de la radio nos acompañan espiritualmente nuestros hermanos—. Ir allí, imaginar a los que están lejos, ponernos frente al sagrario y, como los discípulos de Emaús, que tuvieron al Señor tan cerquita y no lo reconocieron, decirle desde lo más hondo de nuestro corazón: *"Quédate con nosotros. Quédate con nosotros a pesar de no merecerte, a pesar de nuestra frialdad e indiferencia, a pesar de nuestra ingratitud, por favor"*.

Y después, pensando en nuestros prójimos más cercanos y más necesitados, decirle como aquel ciego del evangelio: *"Señor, que vea; que te vea en este hermano mío más pequeño"*.

Se lo pedimos con mucho cariño a través de nuestra madre, la Virgen Santísima. Que así sea.